

En tiempos de incertidumbre ideológica, cuando las izquierdas –aun gobernando– no parecen tener modelos claros y alternativos al capitalismo, el pensamiento y la figura del mítico Raúl Sendic aparecen como un norte vigente. Una reedición ampliada del ya conocido trabajo de Samuel Blixen y la reciente aparición del libro de Jorge Zabalza dan cuenta de eso. En este informe se reseñan ambas obras y se entrevista a quien compartiera con Sendic “11 años en los mismos calabozos”.

CON JORGE ZABALZA

Demasiado desencanto

ROSARIO TOURINO

—¿SENDIC, COMO TE DIJO Xenia, su compañera, está olvidado en Uruguay?

—Las reflexiones de Raúl tienen una visión a largo plazo. Se fundamentan en el análisis del capital, su funcionamiento, sus relaciones con el trabajo y sus consecuencias sociales. Ese pensar a largo plazo es pensar en la lucha por el socialismo. Y en esta época en que el capitalismo ha fracasado, cuando hay una gran crisis que no se sabe bien cuándo terminará, el pensamiento de Raúl se hace más necesario. Muchos podemos estar desesperanzados, pero la palabra de Raúl es reconfortante y marca el norte. Por eso mantiene su vigencia. Creo que él está olvidado porque hay demasiado desencanto.

—¿En el caso de Sendic incidirá el estigma de la lucha armada?

—Yo no sé si hay un estigma con la lucha armada. En realidad el pueblo uruguayo ha aceptado que la guerrilla de los setenta luchaba por una causa justa, por los de abajo, y por eso hoy tenemos al presiden-

te que tenemos. No se llega a la Presidencia sólo porque se es un buen chacarero o se vive en un barrio periférico, sino porque hay toda una historia, abonada además por muchísima sangre. En cierta manera, la gente puede no compartir los métodos de los setenta, pero sí la causa.

—Uno de los proyectos emblemáticos de Sendic fue el del Frente Grande, que no prosperó. ¿Esa idea se superponía al Frente Amplio?

—La postura del MLN planteada en 1987 en el Franzini reflejaba tres estrategias. Primero, el Frente Grande como un movimiento más social que partidario. Segundo, el FA como síntesis a la que había llegado la izquierda en Uruguay, para el cual estábamos pidiendo ingreso, algo que era rechazado tanto por (Liber) Seregni como por el PDC. Y en tercer lugar estaba la propuesta de una suerte de “estaca” clavada en el FA, un polo ideológico que sería luego el Movimiento de Participación Popular.

—Este último implicaba además una expresión electoral destinada a avanzar en la interna frenteamplista.

—Sí, claro, desde el principio. Los primeros diputados del MPP en 1989 fueron Helios Sarthou y Hugo Cores.

—Ese frentismo, ¿no lo desarrolla Sendic más intensamente cuando recupera la libertad?

—Nosotros participamos en las conversaciones previas a la conformación del FA. Incluso en diciembre de 1970 el MLN planteó un alto al fuego para dar oportunidad al desarrollo del FA.

—Sin embargo, hasta hoy se escucha que el MLN nunca fue muy pro Frente Amplio...

—No, nosotros hicimos un apoyo crítico. Entendíamos también que la creación del FA podía tener un desarrollo puramente electoral y se terminara entendiendo que el ejercicio de la ciudadanía no era la lucha concreta por un programa, sino votar cada cinco años.

—¿Y por qué no cuajó la propuesta del Frente Grande?

—Creo que a Raúl le faltó tiempo. En 1987, cuando se plantea, en Brasil estaba naciendo el Movimiento Sin Tierra, hoy en día el movimiento social más importante de América Latina. En ese mismo año nacía Vía Campesina en Paraguay y se hacen las primeras tomas de carreteras de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador. Había una efervescencia de los movimientos sociales. No sé si con Raúl el Frente Grande no hubiera tenido andamiento.

—¿El MPP en sus inicios no se movió con ese espíritu de reclutamiento variopinto?

—El MPP tuvo una época en que no pasó de un senador, pero fue muy importante su participación en los movimientos sociales: la lucha con los trabajadores de El Espinillar, los cañeros de Bella Unión, el movimiento de colonos. También fue importante la colonización del MPP en la periferia de Montevideo. Entre 1995 y 2000 se da el crecimiento explosivo del MPP y luego viene el desarrollo actual, donde es un partido más. (Julio) Marenales dice que es un “gigante estúpido”.

—En el libro decís que en determinado momento te alejaste de Sendic y que nunca tendrías que haberlo hecho.

—Como en toda organización, el MLN tenía sus pujas de poder. Estuvimos 11 años en los mismos calabozos, aunque incomunicados, con Raúl. Salvo en los momentos en que peleábamos contra nuestros verdugos, tuvimos la presión psicológica, la neurosis, y eso hizo que nos peleáramos entre nosotros. Y luego, en esa puja de poder, yo me alineé en las filas de quienes confrontaban fuerzas con Raúl, algo que nunca había hecho. Hoy considero que me equivoqué, y no tengo ningún problema en decirlo. Pero esa es una historia personal, que no puede de ninguna manera desmerecer el planteo del libro.

—¿Pero cuáles fueron los motivos que te llevaron a alinearte con otro grupo?

—Creo que tuvo que ver con que yo salí de la adolescencia política y dejé de ser un soldado, para pensar. Además, con 11 años de aislamiento a fuerza de reja y de mango, termina

pensando hasta un ladrillo... ¿Por qué diablos estoy acá? ¿Qué es lo que me pasó? Y a partir de ahí uno empieza a cotejar. Tuvimos la suerte de que los rehenes que sobrevivimos salimos todos con una personalidad definida.

—¿No hubo ningún punto concreto de discusión?

—Sí, nosotros sosteníamos la reorganización del MLN, cosa que para Raúl no era tan importante. Para él era más importante el desarrollo del movimiento social, con un programa muy de avanzada. Y en eso sí hubo serias diferencias. Luego se logró acordar para el acto del Franzini todo lo del Frente Grande. Es un planteo que también está olvidado, porque de a ratos yo escucho que la concreción del Frente Grande es ir a hablar con (Jorge) Larrañaga. Me parece algo muy macarrónico y hasta ridículo.

—Sendic tampoco rehuía la crítica a la URSS y al “socialismo real”...

—Sí, era un poco en la línea histórica del guevarismo. Hoy no somos tan ingeniosos –decía Raúl– como para creer que el hombre cambia porque tenemos el poder. Por eso él se plantea primero el aspecto moral, el socialismo como la liberación del hombre y la mujer de los valores capitalistas, del egoísmo, el afán de lucro, la competencia desenfadada.

—Hay quienes pueden catalogar esa visión como voluntarista o producto de una vanguardia de iluminados.

—¿Y quién define los valores del capitalismo? ¿Quién define ese carácter egoís-

tardío, podrían oficiar de *background* de unos cuantos ensayos sobre la “burbuja” que sigue haciendo temblar al mundo.

Por último, su plan de reforma agraria no sólo era una bandera sino también una estrategia para evitar un mal sociodemográfico crónico: el macrocefalismo montevidiano versus el despoblado campo (“parece un hermoso planeta verde tan lejano que aún no hubiera sido alcanzado por el hombre”, reflexionaba sobre los latifundios). La política de tierras –y el estímulo de la colonización– se tornaba así en un mecanismo para cortar con la expulsión de las familias hacia la ciudad, en la que estarían condenadas a engrosar el cinturón de asentamientos.

Atento a las perversiones burocráticas del socialismo real y seguidor de la vertiente guevarista, para Sendic las cuestiones de la “subjetividad” no estaban prohibidas. Su perspectiva no anulaba la creatividad ni la iniciativa individual, aunque no para beneficio propio sino del colectivo. La revolución implicaba precisamente una “transformación de la subjetividad”, una emancipación, un cambio en el estado de ánimo y no un mero cambio de las estructuras. Sobre el final, hay frases que quedan resonando, pues no reniegan de la crítica y siguen acompañadas de puntos suspensivos. “Hoy sabemos lo que no hay que hacer... ¿pero tenemos una sabiduría parecida sobre lo que hay que hacer?”, es una de ellas. Zabalza agrega que los tupamaros no lograron redondear el dibujo de la sociedad que deseaban construir. Y es que la cuestión de la hoja de ruta es un dilema que no sólo persigue al MLN sino a todas las izquierdas del mundo. Las opciones tomadas por Sendic seguirán siendo objeto de discusión, pero su desvelo por un ser humano emancipado y solidario todavía es una brasa encendida. ■

R T



Foto C. Zappa

SENDIC 3.0

El desacomodador de tableros

“EL RÍO DA muchas vueltas pero sabe a donde va.” Con esta frase de Raúl Sendic culmina el capítulo 23 con el que Samuel Blixen amplía este año su libro *Sendic, acción y legado*. La tercera edición, que acaba de salir de imprenta, incluye en ese capítulo final algunos de los planteos políticos realizados por el líder tupamaro a la salida de la cárcel, en 1985.

La empresa es arriesgada, no sólo por el tiempo transcurrido y los cambios que han ocurrido en las sociedades y la economía desde que aquellas propuestas fueron formuladas, sino porque resulta inevitable vincularlos con el hecho de que el actual presidente de la República es un tupamaro, compañero de ruta de Sendic.

Blixen no rehúye ese riesgo. El capítulo, que agrega casi medio centenar de páginas a un libro que ya era extenso, tiene un comienzo que remite, lejanamente, a aquel celeberrimo fantasma que recorría la Europa de fines del siglo XIX: “Raúl Sendic recorre en silencio el sendero transitado por la izquierda uruguaya cuando han pasado 21 años de su muerte”. Aquel silencio fue “espeso y mezquino” y recién comenzó a disiparse con la instalación de José Mujica en la primera magistratura “y los anuncios de profundización de los cambios trajeron ecos de sus ideas y propuestas”. Probablemente los recientes homenajes (el monumento en Flores, la colonia que lleva su nombre) vengan a la memoria cuando se piensa en esa disipación del silencio, pero también es posible que el lector ponga a dialogar este capítulo 23 con las recientes polémicas sobre el rumbo del gobierno y las pulseadas internas que las acompañan.

Los insumos de que se vale Blixen son los artículos que el líder tupamaro publicó en *Mate Amargo* y las entrevistas concedidas a la prensa nacional e internacional luego de la salida de la cárcel. No se oculta la identificación entre el biógrafo y las ideas que expone: para Blixen se trata de materiales que “revelan en su conjunto su cualidad de pensador y de ideólogo, su formación teórica y su coherencia, atributos que ‘aterrizaba’ a la necesidad política de explicar y convencer, siempre con la urgencia de actuar sobre la realidad”. Pero la identificación no le hace perder de vista que lo que está poniendo en negro sobre blanco son insumos que habrá que procesar, detectar cuáles siguen teniendo vigencia y cuáles habrá que traducir. O cuáles descartar. Aunque el periodista evita ese verbo, también lo sugiere.

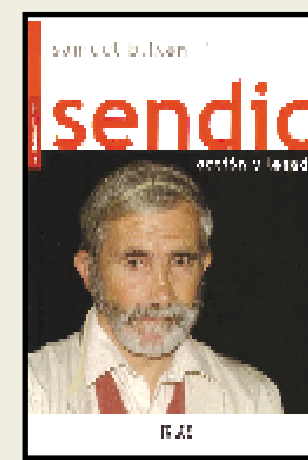
La primera de las ideas que se desarrollan es el “plan de emergencia contra la pobreza”, que el dirigente recién liberado asociaba a las economías de guerra que se dieron en Europa y Estados Unidos luego de la segunda contienda mundial, ya que, según sostenía, se trataba en efecto de una guerra, “en este caso contra la pobreza”. Las medidas del plan eran varias. Una apuntaba a reducir los ingresos de las clases altas para beneficiar a los más desfavorecidos, no por siempre sino por dos o tres años, hasta generar una base de partida para una nueva dinámica económica. Sería bueno, escribía Sendic en junio de 1985 en un artículo que el libro reproduce, que “incluso los legisladores y gobernantes en general dieran el ejemplo reduciendo sus sueldos” ya que esto “estimula mejor que cualquier exhortación”. Pero no era sólo eso. El plan tenía como ejes el no pago de la deuda externa, la reforma agraria, la estatización de la banca y la recuperación del salario.

POR LA TIERRA. Luego Blixen analiza cómo Sendic planteaba una reforma agraria que no fuera utópica sino posible, y la vincula al Reglamento de Tierras de 1815 impulsado por José Artigas. El periodista señala que la idea básica de Sendic “no había variado sustancialmente de la que propugnaba a mediados de los cincuenta en la dirección del Partido Socialista” y que lo llevó a organizar a los cañeros. Lo nuevo era la coyuntura. El libro detalla cómo los distintos elementos surgidos de las políticas económicas de los gobiernos posdictadura fueron generando adaptaciones tácticas para seguir impulsando esa idea de fondo. Postulados como “expropiar a los expropiadores” (que básicamente consistía en que las tierras que los bancos habían obtenido de rematar a sus deudores fueran pasadas al Instituto de Colonización) y “agrandar el mercado interno” para que la producción de “la nueva colonización” tenga viabilidad, son algunos de los que aparecen en sus artículos de esos años.

Las páginas más jugosas de este capítulo final son aquellas en las que se aborda la propuesta del Frente Grande, desde cómo fue recibida la idea que Sendic lanzara en el acto del Franzini del 17 de diciembre de 1987, hasta cómo las luchas sectoriales dentro del Frente Amplio la fueron haciendo (en esos años) naufragar. Es también en esta parte en la que se evidencia más la falta de una mirada más crítica, que coloque mayor distancia con el dirigente cuya biografía está trazando, que arroje luz sobre los mismos hechos incorporando otras perspectivas. Sin embargo, el objetivo de la obra no es presentar un panorama de las distintas visiones existentes sobre Sendic, una figura histórica “que llegó a ser para algunos un mito y que, como todo ser humano, fue complejo y hasta contradictorio”, como se indica en la nota del editor a la tercera edición.

Promediando este capítulo 23 hay una frase que también hubiera servido como cierre del libro: “Es posible que Sendic siga desacomodando el tablero para ordenar la reflexión”. Muy a tono con ese otro párrafo en el que Blixen no resiste la tentación de preguntarse, a la luz de la instalación del gobierno de Mujica, “¿qué propuestas habría agitado Sendic para aproximarse al realismo de comienzos de siglo?, ¿qué caminos habría sugerido, y cuáles hubiera evitado, su lúcida percepción política que lo llevaba a operar discretamente en la coyuntura –en la nacional y en la interna del Frente Amplio– sin perder de vista los objetivos y la urgencia de concretarlos?”. ■

R L B



Sendic, acción y legado. Ediciones Trilce, 2010. 367 págs.

ZABALZA Y SU LIBRO SOBRE SENDIC

Espíritu insurrecto

JORGE ZABALZA ELIGE el final como comienzo. Arranca su libro relatando el instante en que le llegó la noticia de la muerte de Sendic, el 28 de abril de 1989. Aunque esperada, la despedida sumió a sus compañeros en un sentimiento de orfandad. Zabalza y Julio Marenales, como rehenes, compartieron los mismos calabozos con Sendic, donde –aislados entre sí– sufrieron una prolongada reclusión en condiciones infrahumanas. “La historia posterior demostraría que ninguno de nosotros tuvo años para tocar la guitarra que nos dejó Sendic”, escribe Zabalza con un primer dejo autocrítico. Aunque sin ahondar demasiado en el asunto, el escritor deja sentado que a partir de la liberación en 1985 se produjeron “encarnizadas pujas de poder” y se alejó “de quien no debió haberse apartado nunca”. Pero pronto lo vivencial –que ineludiblemente recorta toda la obra– deja paso al ideario del hombre que una vez abandonaría su carrera liberal en la ciudad para encolomnarse detrás de los cañeros y perderse entre los montes. Y es que el autor se propone deconstruir el pensamiento del guerrillero y proyectarlo hacia las nuevas generaciones. Recurre a múltiples textos, pero para hacerle honor a quien renegaba de la mera teoría, se detiene también en algunos mojoneros vitales que justamente amalgaman pensamiento y acción.

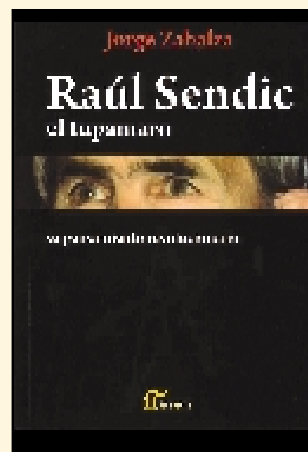
La capacidad de percepción de las complejidades socioeconómicas del país que desplegaba el guerrillero –con una sensibilidad siempre indignada por el sufrimiento de los más pobres y excluidos–, y una mirada abierta y desprejuiciada que le permitió reformular sus estrategias en cada etapa, son dos de los elementos más reveladores que sur-

gen del libro. Ese enfoque libre de ataduras le permitió distanciarse considerablemente del modelo soviético y otros hitos del socialismo real. Sendic entendía a la liberación como la búsqueda de un camino propio, centrado en el hombre y no en un régimen. Quizás había una mirada más antropológica, marcada por la obsesión de construir un individuo con otros valores más solidarios y austeros. El cambio no podía perseguirse sin una “revolución mental”. Para el tupamaro nacido en los campos de Chamangá (Flores), las estructuras centralizadas y disciplinadas podían ser la génesis del fracaso, por lo cual cobraban otra relevancia la autogestión, la autoeducación y la participación horizontal. El movimiento revolucionario organizado debía integrarse así con el “autoconocimiento”. En este punto, Zabalza ve en Sendic a un verdadero adelantado, puesto que su amplitud de miras abría las puertas a los “sin tierra”, a los pueblos originarios y a los tipos más diversos de militancia social.

Buena parte de su enfoque –que fue afianzando especialmente en los artículos posteriores a su liberación– se apoyaba en análisis que no suenan polvorientos. El guerrillero daba cuenta del creciente incremento de la desocupación –aun en los países más

desarrollados– como consecuencia de los avances tecnológicos, pero sobre todo del engrosamiento de los diversos bolsos de excluidos del sistema. Lucen turbadoras sus descripciones de los efectos del “salvajismo de las megalópolis”: “Mientras el sector privilegiado se atrincheró en sus residencias, donde vive prisionero de una delincuencia que contribuyó a crear, los otros sectores que no tienen la culpa, sufren igualmente sus consecuencias, como una plaga más que trajo el capitalismo decadente”, narra en una de sus columnas de *Mate Amargo* (recopiladas en *La deuda externa, la tierra y otros temas*). Parecía captar precozmente fenómenos que posteriormente se consolidarían. Así, veía cómo el proletariado industrial –aquel capaz de organizarse en torno a sindicatos– venía reduciéndose en todo el mundo, y en su lugar aparecían nuevas masas de marginados de muy difícil organización. Esa multitud de rostro múltiple, en la que también incluía a los cuentapropistas, constituye el sustrato de su concepción del Frente Grande, como un movimiento popular y amplio, que luchara por “soluciones drásticas”. Es que, sin renegar de la lucha armada, Sendic palpó en la década del 80 la necesidad de acumular fuerzas por otra vía (“El movimiento revolucionario va a seguir siempre el carácterístico que el pueblo admita en cada hora de la historia”).

Su diagnóstico sobre la creciente concentración de la propiedad de la tierra o la migración del capital productivo hacia el financiero tampoco resultan extemporáneos. El primer fenómeno intenta ser abordado hoy por José Mujica, y sus abundantes textos sobre las “quebras cíclicas”, propias del capitalismo



Raúl Sendic, el tupamaro. Su pensamiento revolucionario. Letraeje Ediciones. 2010. 239 págs.